

La capital mexicana entre los bárbaros

Gerardo Necochea

Richard Griswold del Castillo, *The Los Angeles Barrio, 1850-1890. A Social History*, Berkeley, University of California Press, 1979, 217 pp.

Ricardo Romo, *East Los Angeles: History of a Barrio*, Austin, University of Texas Press, 1983, 220 pp.

Francisco E. Balderrama, *In Defense of La Raza: The Los Angeles Mexican Consulate and the Mexican Community, 1929-1936*, Tucson, University of Arizona Press, 1982, 137 pp.

Crónica y leyenda pintan un pueblo plácidamente adormido, donde nada sucedía hasta que llegaron fornidos, ambiciosos y astutos hombres rubios. Griswold del Castillo inicia su libro sobre la formación de la comunidad mexicana en Los Angeles demoliendo esta fantasía. Antes de la conquista, la fusión de las culturas indígena, mestiza y criolla había constituido una sociedad de corte ranchero en la frontera del México independiente, en ella la política se desenvolvía a través de pugnas facciosas, dominadas por la élite terrateniente. Las diferencias internas socavaron la resistencia a la campaña conquistadora de los norteamericanos. La victoria de estos últimos inició el tránsito de una sociedad tradicional a una moderna y en los cuarenta años posteriores a 1850, Los Angeles vivió un rápido crecimiento

y desarrollo comercial e industrial. A contrapunto, la experiencia de los mexicanos ahí residentes estuvo marcada por su exclusión del desarrollo económico, su aislamiento social y político y el gradual surgimiento de una conciencia étnica.

A la vuelta del siglo comenzó a incrementarse la población mexicana de Los Angeles. Ricardo Romo, en *History of a Barrio*, sigue la historia de esta creciente comunidad hasta el inicio de la gran depresión de la década de 1930, se interesa por entender las causas, primero, de la emigración y, segundo, de la concentración y segregación urbana. El autor entreteje elementos tales como la presión demográfica, los sistemas de trabajo y tenencia de la tierra, las relaciones de poder y la inestabilidad industrial para explicar la emigración de México a fines del siglo XIX. En la medida que creció el flujo de inmigrantes, la población mexicana se trasladó del centro al lado este de Los Angeles. Ahí las rentas eran bajas, las facilidades para adquirir casa propia mayores y las fuentes de trabajo cercanas. La nula movilidad ocupacional ascendente, el bajo estatus social y la discriminación fijaron a los mexicanos en ese espacio urbano, en el cual organizaron asociaciones fraternales para ayudarse entre sí, defenderse en situaciones conflictivas y mantener una conciencia de grupo nacional. La comunidad resultan-

te fue un enclave mínimamente integrado a la sociedad norteamericana.

La comunidad así constituida enfrentó la crisis económica de la década de los treinta. Francisco Balderrama estudia esos años, mas no a través de la población mexicana sino del consulado mexicano en Los Angeles; analiza situaciones conflictivas en las que intervino el consulado para defender los intereses de los ciudadanos mexicanos. La actuación de los cónsules no siempre fue decidida o dio resultados positivos, la falta de recursos y las limitaciones diplomáticas restringían su campo de acción. También la interpretación que cada cónsul diera al cometido de proteger a sus paisanos determinaba los límites de su acción. La relación entre representantes y representados no estuvo exenta de fricciones, sin embargo Balderrama concluye que los lazos de patriotismo y nacionalismo cultural confirieron a los cónsules un papel importante en la defensa de la comunidad mexicana.

Los tres libros abordan la historia de manera diferente. Griswold del Castillo y Romo escriben una historia social y urbana, aunque el primero privilegia lo social y el segundo lo urbano; Balderrama escribe una historia institucional y política. Sin embargo, los estudios ofrecen una visión de conjunto de los mexicanos en Los Angeles durante casi un siglo de su historia. Los tres historia-

dores comparten la premisa de que la comunidad mexicana convivió en conflicto con la sociedad angloparlante. Este conflicto nació primordialmente en el ámbito económico y material, de ahí el énfasis en la falta de oportunidades ofrecidas por la estructura económica y en las míseras condiciones de vida, pero también se expresó en otras formas de discriminación social y política. Por consiguiente, argumentan los autores, emergió una conciencia étnica cohesionadora de la comunidad y opositora de la discriminación y exclusión.

La mayoría de la población angeleña de origen mexicano experimentó la disminución de opciones en el mercado y la estructura ocupacional. *The Los Angeles Barrio* describe una compleja historia de deterioro económico, si bien éste no significó lanzar total e inmediatamente a la población conquistada a los últimos peldaños de la escala laboral. El número de jornaleros aumentó de 53 a 59%, y el correspondiente a las categorías laborales medias se incrementó en un 13%. Este último porcentaje fue igual al de mexicanos que, en el mismo periodo, descendieron de las categorías de rancheros y agricultores propietarios. Irónicamente, los mexicanos se estancaron mientras la urbe aceleraba su desarrollo. En el siguiente medio siglo no mejoraron sus oportunidades de ascenso. Romo demuestra, a través de un detallado análisis cuantitativo, la nula movilidad ocupacional ascendente tanto para los inmigrantes recientes como para la segunda y tercera generaciones. Por su parte, Balderrama encuentra evidencia de mayor desempleo entre los mexicanos que entre los anglos en los primeros años de crisis económica. En suma, en el perio-

do 1850-1936 predominó la tendencia hacia la concentración de la población de ascendencia mexicana en ocupaciones de escasa remuneración.

La inmovilidad ocupacional fue acompañada por otras formas de exclusión económica. La primera década después de la conquista pareció prometedora. Los terratenientes californianos, o californios, inicialmente sacaron provecho de la nueva situación, pero las deudas contraídas con la ambición puesta en la creciente demanda de carne comenzaron a ahorcarlos al entrar la década de los sesentas. Aunado a ello, la sequía de 1862-64, los nuevos impuestos y las decisiones legales que rescindieron los títulos de propiedad mexicanos terminaron con sus esperanzas. Los californios fueron expulsados de sus propiedades en las décadas siguientes. Los propietarios urbanos corrieron igual suerte. Muy pronto fue difícil para los mexicanos integrarse o permanecer en el grupo de propietarios debido a la especulación mercantil en bienes raíces. Quienes lo lograron, arribaron a Los Angeles después de 1850. Al parecer, siguiendo a Romo, les fue más fácil adquirir casa propia en las primeras décadas de este siglo. Sin embargo, la declinación en estatus social sufrida por los californios nunca fue recuperada. En años posteriores, este bajo estatus social justificó las diferencias salariales entre anglos y mexicanos, aun dentro de las mismas categorías ocupacionales.

Otra constante de la vida material de los mexicanos en Los Angeles fue la concentración y segregación residencial. Entre 1850 y 1890 la mayoría de los mexicanos vivían en los alrededores de la plaza central, barrio denominado

Sonora-town. El detallado análisis de residencia urbana que hace Griswold del Castillo señala como principales causas de la concentración en este barrio, las bajas rentas y la costumbre de los recién llegados a ubicarse en un entorno que les fuera familiar. En las primeras décadas del siglo XX, sus habitantes lo empezaron a abandonar y eventualmente terminaron en el lado este de la ciudad. El incremento demográfico obligó a muchos a buscar residencia fuera del centro de la ciudad; cambios en el uso del espacio urbano y el desarrollo del transporte permitieron la concentración de establecimientos comerciales en el centro, la dispersión de la planta industrial y la apertura de zonas residenciales en la periferia. Hacia el este de Los Angeles se desplazaron establecimientos fabriles y, con ellos, la población obrera. Prácticas discriminatorias en la comercialización de bienes raíces excluyeron a los mexicanos de las zonas norte y oeste de la ciudad. Así, en el lado este, los mexicanos conformaron para 1930 una comunidad geográfica y socialmente delimitada.

Los autores coinciden en señalar que los mexicanos tuvieron menos oportunidades económicas debido a que eran vistos como seres inferiores, aves de paso con una carga descomunal de vicios y defectos. Indiscutiblemente la evidencia cuantitativa y textual apunta hacia la discriminación como causa de las condiciones materiales descritas, pero a esta discusión le faltaría relacionar estos elementos con el contexto de desarrollo económico. El esfuerzo de los autores en esta dirección es desigual.

El estudio de Griswold del Castillo bosqueja un cuadro más completo que los otros dos. El

paso de una economía pastoral a una comercial e industrial entre 1850 y 1890, significó la declinación o desaparición de grupos ligados a la economía agrícola y artesanal, aunque algunas ocupaciones artesanales, sin embargo, permanecieron y crecieron. El número de mexicanos en nuevas ocupaciones aumentó de 1850 a 1860, para posteriormente descender; el retroceso entre 1850 y 1880 fue en cierta medida compensado por oportunidades abiertas en trabajo manual calificado. Ambas tendencias fueron originadas por la transformación de la estructura económica.

Romo no caracteriza la estructura económica del periodo que estudia. Su objetivo es señalar que, dentro de la estructura existente, el nuevo siglo no trajo ningún ascenso de trabajadores manuales a no manuales (de "blue collar" o "white collar"). Este hallazgo es similar al descenso que Griswold del Castillo señala para los mexicanos en las categorías de rancheros, profesionistas y comerciantes. Los mexicanos fueron efectivamente excluidos de la clase media. Romo también muestra que, en 1918, casi una tercera parte de los mexicanos de tercera generación en Los Angeles eran trabajadores manuales calificados, comparado con 13% de mexicanos de primera generación. Ello sugiere una mayor fluidez dentro de la clase obrera entre el final del siglo XIX y la primera guerra mundial. Una década después, casi la mitad de los trabajadores calificados mexicanos había caído a las clasificaciones de semicalificados y no calificados. En la década de 1920 (sin incluir el inicio de la Gran Depresión), predominó la movilidad ocupacional descendente. Aunque es posible señalar que la discriminación ce-

rró el acceso al estatus de clase media, falta explicar los vaivenes de los mexicanos en la estructura ocupacional.

Entender la complejidad de la inserción de los mexicanos en el mercado laboral requiere considerar, también, los diferentes estadios de desarrollo capitalista. El periodo tratado por Griswold del Castillo incluye el final de una fase de auge y la gran depresión de finales del siglo XIX. Habría entonces que preguntarse hasta qué punto la depresión económica general afectó la economía angeleña y cómo esta situación, a su vez, afectó las condiciones y oportunidades para los mexicanos. El autor inscribe sus hallazgos en un marco de transición de una sociedad tradicional a una moderna. Las trampas de la teoría de la modernización han sido extensamente discutidas y no tiene caso detenernos en ellas, baste señalar que una más adecuada caracterización del cambio, que englobara los problemas de la formación capitalista en California, enriquecería el libro. El periodo estudiado por Romo incluye el auge que se inició con el siglo y terminó con el "crac" de 1929. Sin embargo, el acelerado desarrollo de las dos décadas anteriores a la primera gran guerra, cambió la faz del capitalismo industrial. El desarrollo industrial se estabilizó en la siguiente década, mientras se consolidaba una nueva estructura industrial. La mecanización del trabajo y la homogeneización de la clase trabajadora caracterizaron al nuevo ámbito laboral. El trabajo calificado fue desapareciendo y, en consecuencia, las diferencias entre trabajadores calificados, semicalificados y no calificados. La clase obrera, para 1920, se componía principalmente de operarios fabriles semicalifi-

cados. Las posibilidades de avance ocupacional disminuyeron en este nuevo contexto. Inmigrantes de todos los países encontraron una realidad contradictoria al mito novelesco del *self-made man*.

Los mexicanos que arribaron al final de la oleada migratoria de la vuelta del siglo, encontraron trabajos situados en los peldaños inferiores de la estructura ocupacional y un capitalismo cuyo desarrollo industrial se había estancado y, por lo mismo, clausuraba accesos a posiciones superiores. Además, la desaparición de la estructura ocupacional decimonónica llevó a los industriales a diseñar una nueva estructura no relacionada con el oficio, en la cual comenzó a figurar prominentemente la diferenciación étnica y la discriminación. En este sentido, la discriminación no fue una cuestión meramente ideológica o voluntarista sino un factor estructural de la nueva fase industrial. Todo esto no niega a la discriminación como causa pero sí la sitúa dentro de una perspectiva de desarrollo histórico.

El siguiente punto a considerar es el surgimiento de una conciencia étnica. Los autores relacionan discriminación, exclusión y aislamiento con la aparición de una conciencia de grupo. Griswold del Castillo identifica cuatro elementos constitutivos de esta conciencia: la violencia, la discriminación, la imagen idealizada de México y la aparición de periódicos y organizaciones de la comunidad mexicana. Romo y Balderama, aunque de manera menos sistemática y explícita, coinciden en destacar estos elementos.

La violencia acompañó al nacimiento de una minoría mexicana en la sociedad estadounidense. En las décadas siguientes a la guerra, especialmente de 1850 a

1870, un buen número de mexicanos fueron víctimas de linchamientos y ejecuciones supuestamente legales. La ausencia de abogados, jueces y jurados mexicanos permitió la manipulación de la ley para reprimir y reforzar la subordinación. Esta situación continuó en el siglo XX. Romo narra con detalle la campaña de la prensa angeleña contra los mexicanos, culpados del radicalismo obrero, de estar ligados al movimiento revolucionario en México o de albergar simpatías proalemanas. Balderrama describe la repatriación forzosa de mexicanos —chivos expiatorios del desastre económico de los treinta—, los intentos de segregar a los niños en las escuelas y la violencia con que toparon las protestas de los trabajadores agrícolas. Mexicanos y mexicano-americanos se formaron en la expectativa de injusticia y violencia por parte de las autoridades estadounidenses.

La imagen de México, por contraste, adquirió matices de tierra prometida. México se convirtió, según Griswold del Castillo, "en una patria espiritual más que física para los mexicanos americanos nacidos en California" (p. 124). Los inmigrantes que llegaron en las primeras décadas de este siglo tenían una más directa conexión con su país de origen y frecuentemente recurrían al consulado en busca de ayuda económica y legal. La idealización de México y la mexicanidad fueron también promovidas por la prensa y las organizaciones mexicanas.

Estas fuerzas conformaron una comunidad aislada, cohesionada por una conciencia de grupo étnico. Los grupos anglos les excluían económica y políticamente, confinaban su espacio residencial y los trataban injusta y violentamente. Los mexicanos, por su parte,

reafirmaban sus diferencias y preferían cultivar las relaciones comunitarias que permitían la continuidad de tradiciones y cultura. La conciencia étnica, en este sentido, era tanto un arma como un solaz en el conflicto entre el barrio y la sociedad de fuera.

La argumentación de los autores, en especial de Griswold del Castillo y Romo, es interesante y convincente. Contraponen su interpretación de comunidad aislada y conciencia étnica a las nociones de integración y asimilación que habían permeado los estudios sobre inmigrantes. Al hacerlo, abren la puerta a nuevas interrogantes. Aquí nos detendremos en sólo tres de ellas. La intención es sugerir la importancia de ligar etnicidad y clase.

Sorprende la similitud de los procesos para los periodos 1850-1890 y 1900-1930. Aunque a una distancia temporal de casi medio siglo, los mexicanos del segundo periodo iniciaron y recorrieron un camino de formación étnica casi igual al de los mexicanos del primer periodo. Eran dos poblaciones distintas, una conquistada y otra inmigrante, y ello explicaría por qué hubo de reiniciarse el proceso. Ni Romo ni Balderrama se preguntan por la relación entre la población inmigrante y la residente. En 1880 vivían en Los Angeles 2,166 personas de origen mexicano, medio siglo después había más de 90,000; sin duda la población recién llegada apabulló a la ya residente. Pero Romo menciona que los inmigrantes buscaron residir en Sonoratown, lo que haría que los propiamente mexicano-americanos jugaran un papel importante en la socialización de los inmigrantes. Griswold del Castillo, por su parte, relata los incidentes de bandidaje en los años posteriores a la

conquista y cómo éstos pasaron a ser leyenda en la resistencia al nuevo orden. ¿De qué manera estas y otras actitudes fueron transmitidas a los recién llegados? Es difícil distinguir, en las fuentes, entre los mexicano-americanos y los mexicanos inmigrantes, sin embargo es un problema importante a resolver si nos interesa entender cómo se conformó la conciencia de grupo.

Habría también que considerar la función de la conciencia étnica dentro de la comunidad mexicana. Griswold del Castillo señala que mientras la élite de californios contemporizaba, la masa de trabajadores repudió y se resistió a la injusticia. Balderrama muestra diferencias similares en cómo enfrentaron la segregación en las escuelas. Ello sugiere la existencia de fricciones dentro de la comunidad. Los autores muestran, por un lado, un proceso que convirtió a la mayoría de los mexicanos en obreros permanentes, por el otro, un proceso de diferenciación entre la mayoría trabajadora y las capas medias. Las fricciones entre unos y otros fueron minimizadas gracias a que ambos se sentían mexicanos, este sentimiento cohesionó a grupos disímiles, de manera que pudiera mantenerse una comunidad. La conflictividad dentro del grupo es un elemento importante para el estudio de la conciencia étnica, que los autores dejan de lado en su afán por presentar a una comunidad mexicana homogénea.

Las diferentes respuestas en situaciones conflictivas también sugieren diferentes significados de la conciencia étnica. Esta no era homogénea ni monolítica. Por razón de las diferencias sociales dentro de la comunidad, la etnicidad cobró sentido y función según el grupo social. Para la élite,

era un mecanismo para consolidar su liderazgo político y negociar su entrada al sector anglo. Para la mayoría trabajadora, fue ingrediente de su proceso formativo como clase obrera. Este proceso se inició, para unos, con la conquista norteamericana; para otros, con la migración. Esta confluencia de procesos desfasados en el tiempo y diferenciados por la estructura social requerirá de un complejo estudio que sitúe la formación de la conciencia étni-

ca en un proceso constitutivo de nuevas clases sociales y culturas.

El énfasis de los autores por contraponer discriminación y exclusión a cohesión y resistencia nubla el proceso más amplio de transformación e integración al capitalismo norteamericano. Los tres estudios, no obstante, son un paso adelante en la naciente historiografía chicana. En 1972, John Womack hizo notar la ausencia de estudios históricos so-

bre la población mexicana en los Estados Unidos. "Who Are the Chicanos?", *The New York Review of Books*, 19, agosto 31, 1972, pp. 12-18. Para fines de los ochenta comenzó la publicación de estudios monográficos, que han revisado y mostrado la vida cotidiana y los procesos transformadores de los chicanos. Gracias a trabajos como los aquí reseñados podemos enfrentarnos a nuevas preocupaciones y preguntas.

Por la calle ancha: América en Cádiz

Verónica Zárate

María Teresa Berruezo, *La participación americana en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986, 326 pp. (Colección Pensamiento Español Contemporáneo, 7).

El puerto de Cádiz, puente tradicional entre España y América, se convirtió en el centro de la concertación. Diputados de "ambos mundos", reunidos en la iglesia de San Felipe Neri, discutían por primera vez el futuro del imperio español. Habitualmente los debates traspasaban las paredes del recinto y en la *Calle Ancha* la polémica continuaba. Los legisladores que concurrían a los cafés o simplemente se detenían a conversar en la calle, divulgaban a los curiosos y comentaban ellos mismos en torno a los sucesos del día. Los corrillos callejeros llegaron a adquirir tal importancia

que en algunos periódicos locales de la época apareció una columna bautizada "La Calle Ancha". En ésta se reseñó desde la tertulia hasta el duelo, pasando por el reclamo, el rumor, la intriga, la alianza y la juerga.

María Teresa Berruezo realizó una investigación sobre los diputados americanos que asistieron a las Cortes de Cádiz. A manera de diccionario biográfico, el libro informa sobre su origen, actividades anteriores a su elección, llegada a Cádiz, comisiones a las que pertenecieron, intervenciones en los debates y su vida posterior.

El trabajo lo podemos dividir en dos grandes apartados. El primero se refiere a la situación política que vivió la monarquía española antes de la convocatoria a las Cortes; posteriormente se recogen algunas opiniones sobre la posición de los órganos de poder respecto a América; y por último, se reconstruye muy parcialmente

el ambiente que rodeó a las reuniones de las Cortes. Estos temas se abordan de manera general sin aportar elementos nuevos para el análisis de las condiciones políticas, económicas y sociales, tanto para España como para América en ese periodo.

En el segundo apartado se exponen las biografías de los diputados americanos. Al terminar la presentación de cada uno de ellos, se hace un recuento estadístico de las características generales de cada diputación, englobando los datos parciales y complementándolos con una breve noticia sobre la situación de cada virreinato. Este apartado constituye el núcleo de la investigación y su aportación consiste en reunir y sistematizar un gran cúmulo de información heterogénea sobre los diputados americanos. Su mérito estriba, pues, en que sirve como obra de referencia para futuras investigaciones.